

con el mar arrojando al Adriático desde la borda del *Bucentauro* el dorado anillo de las preciosas piedras. De aquellas Dogaresas envueltas en los oros y en los sedales de sus recamados atavíos, pálidas y tristes, ceñidas materialmente por el bárbaro *cinturón de la castidad* hasta que retornara el Duque, al frente de las temidas naves henchidas de valiosos despojos de la guerra y abarrotadas de esclavas y prisioneros.

Al salir, oprimidos por la visita a los calabozos y las mazmorras, el aleteo de las palomas, de las admirables palomas de la plaza de San Marcos, que nos envuelven y nos picotean y nos persiguen, aumenta la constelación de las añoranzas y de los recuerdos históricos: que ellas, a millares, están allí para representar a las famosas *colombas* que al servicio del almirante Dandolo contribuyeron a conseguir para la gran Venecia la conquista de la codiciada isla de Candía.

Navegamos ahora por el Gran Canal; no al sosegado paso de la góndola sino al impulso rápido de la canoa de motor. Después de admirar una vez más palacios y monumentos como la Iglesia de Giovanni e Paolo y la estatua ecuestre de Colleoni, salimos al mar libre cortando con la proa

